

**Algunos aspectos
del capitalismo actual.
Planteamientos de Robert
Reich y Michel Albert.
Dos conceptos de
democracia**

*Capitalismo
contra capitalismo,*
Albert, Michel,
México, Edit. Paidós, 1992.
254 p. (1a. ed. en francés, 1991).

El trabajo de las naciones,
Reiche, Robert B.
Buenos Aires, Javier Vergara
Editor, 1993. 314 p.
(1a. ed. en inglés, 1991).

Hace algunas décadas, se debatían dos conceptos fundamentales de democracia. El primero se expresa en el artículo tercero de nuestra Constitución que prescribe el carácter democrático de la educación, "considerando a la democracia no solamente como una estructura jurídica y régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo". Esta idea que, desde luego, no era privativa de México, incluía la aspiración de amplios sectores en todo el mundo de estructurar la vida familiar, la

organización del trabajo y la cultura en esta forma.

La otra concepción, actualmente predominante, restringe la idea de la democracia a las formas de gobierno. Pero de hecho no se reduce ni se reduce al aspecto político, sino que se acompaña de los postulados, planteados como dogmas, de la inviolabilidad de la propiedad privada, la libertad de empresa y el ensalzamiento del individuo. En su aplicación encontramos una reducción drástica de las medidas de protección a los grupos más desfavorecidos (término discreto para decir pobres o en la miseria), el rechazo a las ideas de redistribución de la riqueza social y a la búsqueda de oportunidades para quienes, por su origen, carecen de ellas o las tienen en forma muy restringida.

Esta discusión de fondo no ha terminado, aunque los triunfadores del momento proclaman "el fin de la historia", pensando, como lo hacían los positivistas del siglo pasado, que ya no pueden plantearse modificaciones profundas de la sociedad, sino sólo el "orden y progreso", como lo proclamaba en su tiempo el porfirismo en México.

Quienes llamamos "neoliberalismo" al sistema hoy imperante consideramos que éste, junto con la globalización de la economía, no ha resuelto los problemas existentes ni tiende a lograrlo, mien-

tras que sus partidarios se muestran convencidos de que la democracia, basada en la libre empresa, es el camino para un futuro mejor. No es mi propósito, en esta nota, tratar la disyuntiva fundamental así planteada, sino comentar las opiniones de dos autores, ambos partidarios del sistema capitalista, que analizan algunos problemas actuales o previsibles.*

El capitalismo avanzado de hoy (I). Un concepto norteamericano

Robert B. Reich terminó su libro, *El trabajo de las naciones. Hacia el capitalismo del siglo XXI*, en 1990, poco antes de ser nombrado secretario de Trabajo, puesto que desempeñó durante el primer periodo de William Clinton como presidente de los Estados Unidos. El estudio que presenta se enfoca esencialmente a su propio país, pero sus planteamientos son interesantes para todas las economías del mundo.

En su primera parte, la obra describe el desarrollo de las economías y de los estados nacionales, del mercantilismo del siglo XVII a las décadas de 1960 - 1980.

Durante el último siglo aparecen las empresas de penetración mundial que, sin embargo, siguen siendo consideradas "nacionales" y actúan bajo la protección de sus respectivos gobiernos. Las luchas

obreras, para gran satisfacción de Reich, pasan de formas huelguísticas a la solución de sus demandas en los tribunales.

Las últimas dos décadas muestran el predominio de nuevas características, que se habían ido formando en el periodo anterior. Por una parte, según Reich, ya no tiene sentido hablar de grandes o pequeñas empresas: aquéllas estarían constituidas por "redes", coordinadas por especialistas y formadas fundamentalmente por las "pequeñas".

La estructura de los costos cambia: los salarios de producción importaban en 1949 el 11.6% del Producto Nacional Bruto de Estados Unidos y bajaron a 4.6% en 1990, mientras las ganancias empresariales disminuyeron, afirma, de 11.7% del PNB a principios de los sesenta a 5.3% a fines de los ochenta.

El autor proporciona un dato dramático: los *chips* semiconductores, esenciales para los aparatos cibernéticos, contienen en su precio 3% para proveedores de materia prima y energía, 5% para propietarios de equipo y fábricas, 6% de mano de obra y 85% en servicios técnicos y diseño, patentes y derechos de autor.

Estos cambios van acompañados de transformaciones profundas en lo que podemos llamar, en un sentido muy amplio, el con-

junto de los trabajadores. Desde la Revolución Industrial del último tercio del siglo XVIII y el primero del XIX, con otras fases posteriores, las labores productivas estaban a cargo, fundamentalmente, de tres sectores: los dueños de las fábricas, la gran masa de trabajadores manuales y los técnicos.

Marx hablaba del "ejército industrial del trabajo", sugiriendo una estructura en que el mando estaba en manos de los propietarios, los directores y gerentes equivaldrían a los generales, los ingenieros y otros técnicos de alta preparación serían los oficiales y los obreros propiamente dichos corresponderían a los soldados rasos. El avance en la técnica y la mayor importancia de la ciencia en los procesos productivos condujeron en el siglo actual a una mayor proporción de trabajadores con enseñanza media superior y superior, lo que impulsó fuertemente el crecimiento de escuelas tecnológicas, politécnicas y similares.

Al analizar la estructura actual de la clase trabajadora, Reich habla de tres sectores. El primero está constituido por los dedicados a los "servicios rutinarios de producción" (producción en masa en la industria; trabajadores de la agricultura), que constituyen la "infantería" y reciben bajos ingresos. Su número está disminuyendo,

debido al incremento de la productividad. La competencia internacional produce un creciente desplazamiento de este sector a países de niveles salariales bajos; actualmente constituyen aproximadamente el 25% de los trabajadores de Estados Unidos.

El siguiente grupo, de ingresos similares al anterior, también dedicado a servicios rutinarios, está constituido por los dedicados a "servicios en persona": trabajadores de restaurantes y hoteles, domésticos, de servicios de seguridad, vendedores minoristas, cajeros, enfermeros, taxistas, secretarías, etc. Actualmente constituyen aproximadamente el 30% de los trabajadores de Estados Unidos, y su número tiende a crecer.

El tercer sector es de reciente aparición; Reich lo llama de "analistas simbólicos", que abarcan, en Estados Unidos, del 20 al 25% de la fuerza de trabajo (en su enumeración falta 20% JB). Incluye entre ellos a los investigadores científicos, ingenieros de diferentes especialidades, biotecnólogos, ejecutivos de relaciones públicas y de mercadotecnia, abogados, consultores de alto nivel y algunos otros especialistas. Su característica común es la preparación académica (generalmente de posgrado universitario) y el uso de computadoras de alto nivel.

Las condiciones materiales para

la realización de las labores de la mayoría de los analistas simbólicos son relativamente sencillas: computadoras avanzadas, suministro seguro de energía eléctrica y disponibilidad de servicio telefónico con sus anexos actuales. Además, requieren de la cercanía de un aeropuerto que les permita asistir con facilidad a encuentros nacionales o internacionales, para intercambiar experiencias y mejorar continuamente su preparación profesional.

Los trabajadores de que hablamos pueden ser empleados o funcionarios de empresas, o laborar en grupos independientes. Obviamente, los resultados de sus investigaciones pasan a ser propiedad intelectual de quienes los hayan contratado, pero ellos incrementan a través de su labor su capital de trabajo más valioso: la experiencia acumulada. Esta propiedad personal les permite disfrutar de una extraordinaria movilidad laboral.

En general, los analistas simbólicos constituyen un grupo de altos ingresos, y tienen la perspectiva de perpetuarse a la próxima generación. Reich relata su tendencia a establecerse en los suburbios de lujo de las ciudades norteamericanas, donde su capacidad económica les permite garantizar la existencia de escuelas públicas de alto nivel; más tarde,

sus hijos tienen facilidad de ingresar a planteles privados de elevadas colegiaturas. En su mayoría están constituidos por ciudadanos norteamericanos, con una fuerte participación de personas provenientes de países de alto desarrollo y algunas originarias de los llamados subdesarrollados.

También en el aspecto internacional se presentan nuevas situaciones, que habrán de conducir en breve plazo a la desaparición de hecho de las economías nacionales. Reich proporciona diferentes ejemplos, entre ellos el del automóvil Pontiac Le Mans (no cita el año, pero evidentemente corresponde a fines de los ochenta). Dice: "De los 10 000 dólares que (el comprador) paga a *General Motors*, cerca de 3 000 van a Corea del Sur, donde se efectuaron los trabajos de rutina y las operaciones de montaje; 1 750 dólares van a Japón por la fabricación de los componentes de vanguardia (motores, ejes de dirección e instrumentos electrónicos); 750 dólares a Alemania por el diseño y el proyecto del prototipo; 400 dólares a Taiwán, Singapur y Japón por los pequeños componentes; 250 dólares a Gran Bretaña por servicios de *marketing* y publicidad; y cerca de 4 000 dólares pasan a los intermediarios estratégicos de Detroit (que serían los funcionarios de la empresa.

JB), a los abogados y banqueros de Nueva York, a los 'lobbistas' en Washington, las aseguradoras de todo el país, y a los accionistas de *General Motors* -la mayoría de los cuales son norteamericanos, aunque hay un creciente número de extranjeros." (p. 117).

De esta forma señala el carácter internacional de la producción del automóvil en cuestión, aunque no comenta que el 40% de su precio corresponde a organismos o personas radicados en Estados Unidos, ni especifica qué tanto corresponde a la coordinación de la labor o a las ganancias; de los datos que proporciona, se desprende que todo el trabajo físico y técnico de producción se realiza en otros países.

Reich concluye su libro señalando la preocupación de que la sociedad estadounidense podría dividirse entre los dos sectores de trabajadores, de una parte el constituido por los dedicados a los "servicios rutinarios de producción" y los "ligados a personas", y de otra el de los "analistas simbólicos", lo que pondría en peligro la unidad nacional de su país.

Frente a ello ofrece una receta: mejorar los sistemas de enseñanza pública para facilitar el acceso al sector de analistas simbólicos. Se puede pensar -Reich no ofrece cifras- que tal medida podría incrementar en alguna forma el

grupo de trabajadores privilegiados, pero de ninguna manera sería capaz de abarcar a una mayoría de la población. Por otra parte, no ofrece ninguna perspectiva a los trabajadores de otros países.

El capitalismo avanzado de hoy (II).

Una visión francesa

Capitalismo contra capitalismo, de Michel Albert, fue escrito al mismo tiempo que el libro de Reich, arriba comentado. Su autor ha desempeñado altos cargos en diferentes instituciones financieras y era presidente de "Assurances Générales de France" al redactar la obra que se reseña.

Albert considera que se enfrentan actualmente (es decir, en 1990) dos sistemas capitalistas, el "renano" y el "neoamericano" o "anglosajón". El primero, al que llama así por carecer de una denominación más adecuada, sería el practicado en Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda, Europa del norte y, con variantes, en Japón, mientras el segundo tiene su centro en Estados Unidos y Gran Bretaña; se encuentra en vigorosa expansión en los países ex-comunistas de Europa oriental, en América Latina y en muchas otras partes.

Al contrastar ambos sistemas, señala que el renano mantiene fuertes elementos de solidaridad

social, al contrario del individualismo acentuado del neoamericano. Esto se manifiesta en múltiples aspectos. Así, la empresa renana se caracteriza por la idea de la estabilidad, el fomento de la superación profesional del personal a cargo de la propia institución, el deseo de los accionistas por asegurar, en lo posible, su permanencia. Al contrario, en el capitalismo neoamericano el inversionista busca simplemente la máxima ganancia en el plazo más corto posible. En la aplicación de este concepto resulta normal que se parcelen las empresas y se liquiden sus partes menos rentables, rompiendo así las cadenas productivas; también se "evitan" los costos de la superación del personal y se "piratean" técnicos y funcionarios de alto nivel de instituciones competidoras.

Albert proporciona varios ejemplos para fundamentar sus afirmaciones. En el sistema neoamericano los directivos de las empresas no gozan de estabilidad en sus empleos y se defienden con altas remuneraciones y contratos de protección. Cita el caso de Nabisco, cuyos presidente y director general recibieron, al ser vendida la empresa, 53 y 45 millones de dólares respectivamente, como indemnización. Por supuesto, estos gastos repercuten en los costos de producción. Y no sólo esto:

muchos esfuerzos y recursos se invierten en negociar las protecciones de tales ejecutivos de alto nivel, en lugar de ser empleados en la creación efectiva de riqueza, es decir, en la producción o en la prestación de servicios. No menciona que los trabajadores de base carecen de tales garantías y sólo en algunos casos encuentran protegidos por algún tiempo sus trabajos mediante contratos colectivos celebrados por sus sindicatos.

Albert hace una comparación interesante entre el sistema de salud existente en Estados Unidos y los predominantes en los países europeos. El primero está basado en la responsabilidad individual, es decir, en lo que cada persona puede pagar personalmente por atención médica o en el seguro que contrata. El autor señala que 35 millones de personas no tienen ningún seguro, y sólo los ancianos o quienes están por debajo del límite de pobreza tienen cierta protección proporcionada por sistemas públicos.

A esto se añade el alto costo de la atención médica, agravado por lo que llama el "delirio judicial": hay multitud de abogados que incitan a los enfermos a pedir indemnización por cualquier falla, real o supuesta, en el cuidado recibido de médicos o instituciones hospitalarias. Generalmente se llega a arreglos, más baratos que los

juicios. Médicos, anestesiistas y hospitales contratan a su vez seguros para enfrentarse a estas exigencias, cuyo costo se recupera por las cuotas elevadas que deben cobrar.

Así, para un paciente de recursos medios, no asegurado, ante un dolor de muela la opción es aguantarse o pedir a un dentista que le extraiga la pieza. Cualquier tratamiento prolongado estaría fuera de sus posibilidades económicas.

El resultado es que, según Albert, la atención médica en Estados Unidos es, en conjunto, sumamente cara y deja insuficientemente protegido a un gran sector de la población. Gran Bretaña gastaba en su momento el 7% del PIB en esa función, Alemania 9% y Estados Unidos le dedicaba 11%. A pesar de ello, y de disponer de excelentes instalaciones y especialistas de mejor nivel, cubre una parte mucho menor de su población.

A esto se debe añadir, según el autor de la presente nota, que la medicina preventiva, social por su naturaleza, no puede recibir la atención adecuada por un sistema basado en la ganancia de médicos e instituciones.

Un caso notorio se presenta en la investigación relativa al sida, de la que Albert no habla. Los laboratorios han invertido enor-

mes sumas en el desarrollo de medicamentos que permiten aminorar los efectos del VIH y esperan llegar, dentro de algún tiempo, a lograr la posibilidad de su curación. Los tratamientos, aunque su costo ha bajado, siguen exigiendo grandes sumas, ya que deben reponer los gastos y arrojar una ganancia. En cambio, se han dedicado esfuerzos mucho menores a la búsqueda de una vacuna, que proporcionaría enormes beneficios a la humanidad. Pero la vacuna, que sólo tendría sentido de aplicarse masivamente en los países de alta incidencia de la enfermedad, cuya población y gobiernos no están en condiciones de realizar grandes erogaciones, ofrece perspectivas mucho más reducidas de arrojar ganancias económicas. Aquí también se puede apreciar la ventaja social de la medicina pública, preventiva, a cargo de estados que dispongan de los recursos necesarios, sobre la que puede proporcionar la iniciativa privada.

Volviendo a los planteamientos de Albert, éstos concluyen afirmando una clara superioridad del sistema renano, por el mayor bienestar y la estabilidad social que proporciona. Un requisito para su funcionamiento consiste en el empleo de amplios recursos sociales en educación y seguridad y exige, por lo tanto, que el Estado disponga de fuertes ingresos. El

neoamericano, a su vez, al reducir el gasto social al mínimo, plantea disminuir los impuestos a una tasa sumamente baja. Efectivamente, la tasa fiscal aplicada en Estados Unidos a los ingresos elevados bajó de 75% en 1981 a 33% en 1989, cambio que benefició fundamentalmente a los sectores de más alto nivel de riqueza. Como a nadie le gusta pagar impuestos, esta situación ha producido una aceptación generalizada de la reducción del Estado.

Otra ventaja aparente del capitalismo neoamericano consiste en permitir el enriquecimiento rápido y la emoción del juego de la iniciativa "gane o pierda", aunque son más los que pierden que los que ganan. Y son precisamente estos últimos quienes toman las decisiones fundamentales, en los momentos actuales con el apoyo de las mayorías sociales. Albert señala que el capitalismo neoamericano o anglosajón está triunfando sobre el renano y teme que ello vaya a provocar graves problemas a mediano plazo.

Los años transcurridos desde que se publicó su libro confirman ambas predicciones. También puede pensarse, aunque Albert no lo dice, que el desarrollo de una actitud personalista, propia especialmente del sistema neoamericano, tiene una relación estrecha con el incremento de la criminalidad en

todo el mundo, que constituye un problema social más allá de las medidas de control adoptadas por los cuerpos policíacos y judiciales.

Comentarios personales a los planteamientos de Reich y de Albert

No hace falta insistir en las diferencias entre el autor norteamericano y el francés, pero es interesante hablar de sus coincidencias en posiciones fundamentales, en algunos temores y también en omisiones.

Lo primero que resalta es que ambos son partidarios del sistema de libre empresa y consideran que éste ha triunfado definitivamente sobre el socialismo, tanto en su teoría como en su intento de realización práctica, a los que ninguno de ellos analiza. Por otra parte, los dos se muestran temerosos de un resquebrajamiento de la unidad nacional de sus países, al haber desaparecido la "amenaza" del comunismo soviético.

Las recetas para enfrentar los problemas actuales y previsibles corresponden a sus respectivas posiciones. El norteamericano aboga por profundizar la globalización económica y política, con una más bien tímida propuesta para facilitar el desarrollo de la capa de los "analistas simbólicos". Posiblemente considere que

el sistema preconizado por él proporcionará, a largo plazo, un creciente bienestar y mayor democracia a toda la humanidad. Albert, por su parte, defiende el capitalismo "renano", con sus rasgos de estado de bienestar (*welfare state*), que aportó grandes ventajas a amplios sectores y al que se suele responsabilizar de los problemas actuales.

En las ausencias, las coincidencias son notorias. Ninguno trata expresamente los problemas del "tercer mundo", de los países llamados "en desarrollo", aunque durante las últimas décadas en éstos más bien se han desarrollado los problemas y las diferencias sociales.

Tampoco se encuentra en ninguno de los dos referencia alguna a la formación del capitalismo, a lo sucedido en los siglos XVI al XIX, con su feroz explotación de las colonias (que son, en lo fundamental, los países "en desarrollo" de hoy). Asimismo, se hace omisión de las luchas obreras del siglo pasado y de las primeras seis décadas del actual. Tal parece que el mejoramiento de los niveles de vida en los países "avanzados" fue el resultado automático del desarrollo de la libre empresa.

Este ciertamente lo hizo posible, al incrementar exponencialmente la productividad del trabajo, pero resulta llamativo el ol-

vido absoluto de los grandes movimientos huelguísticos y de otras formas de exigencia. Tampoco se menciona el temor de las clases dominantes a una revolución, que las impulsó a tratar de atenuar las tensiones sociales, como lo hizo en su tiempo el "Nuevo trato" (*New deal*) de Roosevelt y, entre 1947 y 1975, el estado de bienestar. No se menciona la influencia que tuvo la Unión Soviética, en el periodo de éxito de su construcción y con el papel decisivo que desempeñó en la derrota de la Alemania hitleriana.

En ningún momento se habla de explotación, término que hace pensar en una relación social de injusticia. Sólo se mencionan ingresos mayores o menores, conceptos de mucho menor carga emocional y conflictiva.

Por último, ninguno de los dos autores menciona un problema semejante al que se produjo durante la Revolución Industrial de hace dos siglos: la mayor productividad del trabajo condujo en su momento a la desocupación de trabajadores y a la disminución de los sueldos. La expansión del mercado a todo el mundo resolvió en aquel entonces el problema, en forma parcial. Actualmente, las consecuencias son más graves: las nuevas condiciones de trabajo requieren menor número de trabajadores, y la competencia mundial

tiende a reducir los salarios a escala global. ¿Quién podrá adquirir la creciente masa de mercancías que produce un sistema cada vez más eficiente en sus sistemas de trabajo, y de día en día menos remunerador?

En resumen, en opinión del reseñista, los dos libros comentados dan una interesante visión del mundo actual y ofrecen, en el

planteamiento de Albert, una propuesta de mejoramiento a corto o mediano plazo. No cuestionan los problemas de fondo, que seguirán presentándose, en forma cada vez más acentuada, mientras no encuentren solución. Y ésta sólo podrá darse a escala mundial, aunque algunas medidas podrían atacarla localmente.

Juan Brom